

Estos aventureros de la gloria, estos peregrinos del ideal, navegantes de tierra firme, que avanzaban y avanzaban por un continente de misterio, más temerosos del hambre que de los combates, tan pronto entre los hielos eternos como en la asfixiante caldera de un valle del Trópico, marcando su paso por lo desconocido, no con monumentos de gloria, sino con regueros de huesos, llevaban al Amor como compañero de viaje.

La indígena de regular aspecto que encontraban al paso, era una futura pasión romanesca. En todo país hispano-americano quedan hoy como leyenda venerable los recuerdos de algún amor trágico de indias y españoles.

Hernán-Cortés, el más eminente de los conquistadores, apenas da algunos pasos por la tierra de Méjico encuentra una india fiel y enamorada que al bautizarse toma el nombre de Doña Marina. Sus hijos serán los primeros mestizos con título de marqués, y figurarán en la corte militar de Carlos V, siguiendo á éste en la infausta expedición á Argel.

La «princesa» india, al casarse con el conquistador y recibir el bautismo, tomaba los nombres románticos de Doña Sol, Doña Estrella, Doña Leonor ó Doña Violante. Cuando el soldado de fortuna llegaba á merecer la atención de los reyes, un título de nobleza servía de digno coronamiento á sus hazañas, y la indígena podía ostentar una diadema de marquesa ó condesa sobre los lacios y negros cabellos, que en su pubertad no habían conocido otro adorno honorífico que el de las plumas. Estas plumas se muestran todavía en algunos escudos del armorial español como recuerdo de tronques coloniales. Aún quedan familias en España, de rancia nobleza, que hacen figurar con orgullo entre sus ascendientes á Moctezuma ó á ciertos Incas.

La mestiza hija de india y de conquistador afortunado adquirió enorme importancia desde los primeros años de la dominación española. Algunas veces hasta hubo revueltas y guerras civiles por alcanzar la mano de una de estas princesas coloniales. Así como los griegos se pelearon en Troya por culpa de una mujer, los españoles fundadores de Buenos Aires y otras ciudades argentinas anduvieron en disputas y guerras por una Elena de palidez cobriza, ojos negros y cabellos cerdosos.

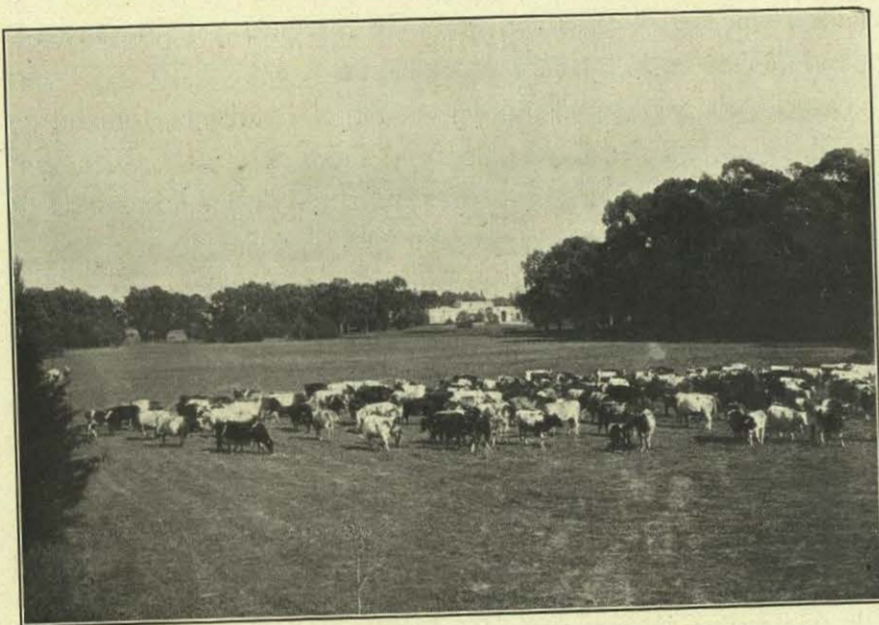
El Adelantado del Río de la Plata, Ortiz de Zárate, dispuso al morir en su testamento que el gobierno de la colonia que le había conferido el Rey pasase á la persona del que se uniera en matrimonio con su única hija Doña Juana, legitimada á última hora, y habida con la india Doña Leonor Yupangui, vecina de Chuquisaca, de la noble casa indígena de Manco Inca Yupangui. La tal Doña Juana, mocita indígena, cuyo perfil y húmedos ojos recordaban tal vez la dulce belleza del llama, traía para el novio, junto con su pálida mano, 7.000 ducados de renta en España (cantidad que significaba entonces una gran fortuna),



GANADERÍA EN LA ARGENTINA CENTRAL

abundantes minas en Potosí, casas y huertas en la ciudad de Chuquisaca, estancias y ganados en Charcas, la gobernación del Río de la Plata y el marquesado del Paraguay.

Su tutor, el famoso Juan de Garay, dispuso que la rica mestiza se casase con el licenciado D. Juan de Torres de Vera y Aragón, oidor de la Real Audiencia de Charcas, el mismo que años después, siendo Adelantado del Paraguay, ordenó la fundación de Corrientes á un pariente suyo. El Virrey del Perú, que aspiraba á unirse en matrimonio con la opulenta heredera para hacerse dueño de su fortuna, metió en la cárcel al novio oidor y envió una escolta en persecución de Garay. Éste, al ser alcanzado en el camino por los soldados, hizo armas contra ellos y refugiándose en su tenencia del Paraguay quedó en actitud hostil frente al Virrey, hasta que



UNA PRADERA DE LA ARGENTINA CENTRAL

después de largas disputas, amenazas y choques, se arregló todo como en las comedias antiguas con el consabido matrimonio, yendo la linda y cobriza marquesa del Paraguay, Adelantada del Río de la Plata, con su marido el oidor á tomar posesión de sus dominios, desde la ciudad de Chuquisaca.

La raza blanca se extendió rápidamente en el territorio platense. Los habitantes de las ciudades guardaron las costumbres y la superioridad de su

origen. Los indios sometidos á la vida civil, que convivían con los españoles, fueron avanzando en cultura hasta confundirse con éstos. En cambio, los blancos que por la industria del pastoreo salieron á vivir en las llanuras, fueron perdiendo las ventajas de su nacimiento y tomando mucho del indio, con quien estaban en íntimo contacto, hasta formar un tipo mixto de civilización y barbarie. Este tipo fué el gaucho, del que hablaremos más adelante, ya que el gaucho no es una raza, sino una clase social.

Á principios del siglo XIX el territorio que es hoy República Argentina sólo tenía, según el general Mitre, 800.000 habitantes, de los cuales poco menos de la mitad eran indios en estado salvaje ó sometidos á la vida civilizada. Las dificultades de la navegación en los siglos anteriores, el tener que atender España, ella sola, á una parte enorme del planeta donde ahora existen diez y ocho naciones, y el ser el Río de la Plata el lugar más lejano de la metrópoli, según las rutas seguidas entonces, justifican esta escasa población. Lo que asombra, teniendo en cuenta las mencionadas circunstancias, es que hubiese llegado á tal número.

Al constituirse la República Argentina, sus primeros gobernantes se preocuparon de fomentar la emigración europea, ofreciendo tierras «á los individuos de todas las naciones y á sus familias que quisieran fijar su domicilio en el territorio del Estado».

Pero estos generosos decretos no fueron más que simples papeles, sin ningún resultado práctico. Los temblores y cataclismos sociales de una democracia en formación, las incesantes

guerras civiles, la bárbara dictadura del gaucho y la dominación del indio en las llanuras, no ofrecían ambiente propicio para la atracción y desarrollo del inmigrante.

Al tranquilizarse un tanto el país, luego de la caída de Rosas, comenzaron á afluir los primeros contingentes europeos.

Alberdi lanzó su célebre frase «Gobernar es poblar» y desde entonces todos los gobiernos argentinos se han preocupado principalmente de favorecer el aumento del número de habitantes.

Muchas veces, al fomentar este aumento, sin fijarse en la valía de los nuevos pobladores, los gobiernos han causado grave daño al país, creyendo hacer el bien. La emigración alistada por los agentes reclutadores, y el viaje costeado por el Gobierno, sólo han servido para volcar sobre el país el detritus de Europa, creando en las ciudades, especialmente en Buenos Aires, un peso muerto de gentes sin condiciones para el trabajo, prontas á tomar parte en toda clase de rebeldías y protestas.

En el presente no hay más inmigración que la voluntaria, la que emprende el viaje á sus expensas, y sólo recibe apoyo del Gobierno cuando llega al territorio argentino.

Á pesar de esto, la población de la República aumenta rápidamente, como ya dijimos. Todos los años entran en la Argentina más de doscientos mil inmigrantes, y á éstos hay que añadir el crecimiento vegetativo de la población, que resulta considerable. La República del Plata es un país de moralidad, donde se mantienen firmes los lazos de



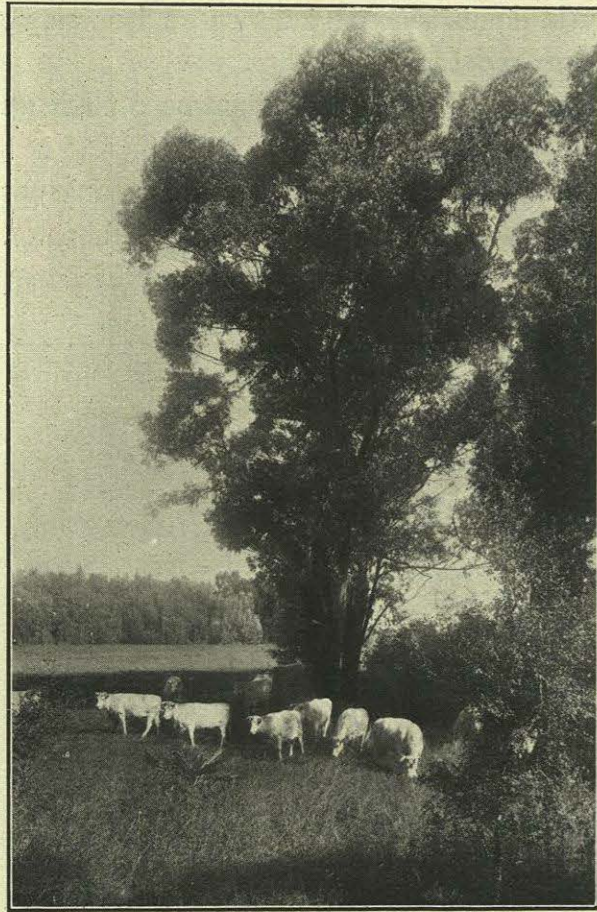
UN ARROYO DE LA ARGENTINA SUBTROPICAL

la familia. El hogar se venera sobre todas las instituciones: la maternidad es la función que más enorgullece á la mujer: las gentes se casan jóvenes y las familias son numerosas, con largas proles, comparables á las de los personajes bíblicos.

Los seis millones de argentinos que existen ahora, ¿cuántos serán á fines del siglo XX? ... La cifra resultará, sin duda, enorme, asombrosa. Este país, hace treinta años, sólo tenía cuatro millones de habitantes. En tan corto espacio de tiempo, ha aumentado una tercera parte. Fácil es imaginarse, con arreglo á tal proporción que tiende al aumento, lo que será la Argentina dentro de noventa años.

Al estudiar la vida de los inmigrantes europeos que viven en el campo, lo que primeramente llama la atención es la facilidad con que se adaptan á la nueva existencia, copiando usos y costumbres.

Yo he visto en las provincias de Tucumán y Santiago del Estero familias de españoles



PAISAJE DE UNA ESTANCIA

que, al cabo de tres ó cuatro años de residencia, se confundían con los naturales.

— Nosotros somos muy guachos — decían con cierto orgullo.

Los viejos tenían el mismo aspecto de los campesinos del país, y hablaban igual, con todos los modismos y refranes de la tierra. Los hijos, puestos de poncho y botas altas, cabalgaban sobre potros salvajes, ó tomando la guitarra entonaban la «milonga» ó la «vidalita» lo mismo que un gaucho fino.

Ninguna raza del viejo mundo, por refrataria que haya sido á los roces y mezclas con pueblos extraños, puede resistirse á este poder de atracción y modificación que parece vibrar en el ambiente argentino. El pueblo judío se distinguió siempre por su tendencia al aislamiento, viviendo aparte en el centro de otras naciones. La fidelidad á las costumbres tradicionales toma en los hebreos la importancia de un culto. Faltos de suelo propio, de una patria material y corpórea, han puesto sus ideales políticos y de raza en el mantenimiento y la estricta observación del rito religioso y

de las costumbres. En todas las naciones de Europa el judío, vistase como se vista y viva como viva, sigue siendo judío. En Africa y Asia, donde es de uso el traje tradicional y la agrupación por religiones, el hebreo vejeta aparte, en barrios cerrados, con reglas y alimentos que únicamente conoce su raza.

Argentina es el único país del mundo que vence esta tendencia al aislamiento del judío, y le hace despegarse de su adhesión al pasado. En la provincia de Entre Ríos hay varias colonias agrícolas de hebreos procedentes de Rusia, organizadas por el barón Hirsch y la «Alianza Israelita». Los jefes de familia, venerables patriarcas de luengas barbas, siguen fieles al levitón y el sombrero felpudo de copa alta que trajeron de Europa, y en tal facha labran la tierra. Pero las muchachas han tomado los modales y el lenguaje de las jóvenes del campo, y los hijos usan los amplios calzones llamados bombachas, ciñen el talle con el tirador de cuero sembrado de monedas de plata, se cubren con el poncho, y asustan á sus madres, la buena Rebeca ó la dulce Jezabel, cabalgando sobre potros indómitos. Son gauchos, verdaderos gauchos. La facilidad característica de su raza para aprenderlo todo, los ha convertido al poco tiempo en excelentes hombres de campo. Á la segunda generación apenas quedará visible el origen israelita. La familia será argentina, disolviéndose sus condiciones de raza en la enorme fusión nacional. Hoy mismo es preciso mirar atentamente bajo el ala del amplio sombrero, fijándose en los ojos de rasgos orientales y en la picuda nariz, para darse cuenta de que el gaucho gallardo y cabalgador como un granadero de San Martín, es un descendiente de los Macabeos.

El inmigrante blanco establecido en las campiñas, se casa las más de las veces con una de su raza y aun de su nacionalidad, pues cada uno busca el trato con familias que le recuerden la lejana patria, y abundan mucho las mujeres de todos los países europeos. Pero como el

amor es caprichoso y se ríe de leyes y divisiones étnicas, no es extraño que el inmigrante se una en matrimonio con una mestiza del país, con una «china», moza de gallardas y firmes esbeltos, los ojos un tanto oblicuos y diabólicos y la fresca tez de chocolate claro.

Los españoles del campo se casan fácilmente con las mestizas, siguiendo tal vez con esto un impulso tradicional. Al unirse con la «china», se encuentran de nuevo con un fragmento de su propia raza, pues los mestizos no tienen en su sangre india otra mezcla que la española.

La herencia física de los conquistadores de América, de aquellos superhombres de la colonización, no hay que buscarla únicamente en las familias blancas. El héroe se ayuntó con la indígena y muchos descendientes suyos de cobrizo color viven ahora perdidos en las últimas clases sociales. Apellidos sonoramente castellanos, que recuerdan á personajes de Lope de Vega y Calderón, se encuentran llevados por gentes del populacho. Las virtudes cívicas y los heroísmos en guerras y revoluciones de este pueblo de raza mixta, son tal vez una resurrección del carácter de sus gloriosos ascendientes.

Los más de los fundadores de la aristocracia patricia, que ha mantenido pura su sangre blanca, llegaron después. Fueron comerciantes que se establecieron en Buenos Aires; militares y empleados de la colonia; vascos en su mayoría que hicieron el viaje á principios del siglo XVIII para dedicarse á pulperos ó ganaderos. No venían solos: llevaban con ellos á la mujer. Por esto no necesitaron cruzarse con los indígenas, y al mantenerse aparte, constituyeron una clase superior y privilegiada.

La mezcla de razas continúa latente y activa en el país argentino, guiándose algunas veces por atávicas predilecciones.

Personas que conocen de cerca la vida en los campos, desde hace muchos años, afirman al hablar de la simpatía amorosa de razas, que el italiano, ó más bien el napolitano, mostraba cierta debilidad en otros tiempos por las negras (cuando había negras en Argentina) y el español por las indias y mestizas. Para probar esto, llaman la atención sobre el apellido de origen italiano de muchos que, aun siendo blancos, ofrecen en su arquitectura facial vestigios de procedencia africana.

No sé lo que pueda haber de cierto en tales afirmaciones, especialmente en lo que se refiere á mezclas con negras, que ya desaparecieron. Pero sí puedo decir que no es extraño encontrar en la actualidad la ingerencia del inmigrante español en la familia indígena.

En el campo no rigen las mismas leyes de moral que en las ciudades. La vida civil está muy lejos; la animalidad humana crece y se expande al ponerse en contacto con la Naturaleza. La santa simplicidad de las bestias preside las funciones de la vida. Todas las impresiones, buenas ó malas, se resuelven en un impulso hacia el amor. La falta de diversiones y la carencia de barreras sociales, dan gran libertad á las costumbres. Los hijos se consideran propios porque nacen bajo la techumbre del rancho, sin molestarse los padres en inquirir otras pruebas.

Recuerdo que estando en el pueblo del Azul visité, acompañado de varios amigos y compatriotas, una toldería de indios. Son familias de antiguos dominadores del país, que tal vez ayudaron á los soldados argentinos en la conquista del desierto, y por ello mantienen sus chozas de paja y barro en las cercanías de la población. Los hombres, vestidos de gauchos, jugaban á la taba. Las hembras, al vernos, se escondían en sus ranchos precipitadamente, como ranas que se arrojan de cabeza en el agua al oír pasos. El suelo estaba sembrado de huesos. Cráneos de caballos y de vacas servían de asientos. La pradera parecía un cementerio acabado de remover. Un hedor de sangre flotaba en el ambiente, y mis acompañantes me explicaban la persistencia de ciertas costumbres entre los habitantes de la toldería. Comían lo mismo que los «cristianos», pero cuando tenían ocasión de adquirir una yegua á poco precio, ó podían

robarla, entregábanse á la orgía sangrienta, lo mismo que sus abuelos los patagones. La degollaban, bebían la sangre caliente y espumosa, líquido que según sus creencias da valor y nueva vida, y acababan por devorar la carne del animal.

A la puerta de una choza vimos de pie á dos mujeres. Estas no huyeron: antes bien, nos contemplaron con una insolencia sonriente. Eran madre é hija. Al lado de ellas estaba el padre, vestido de gaucho, sentado en un cráneo de vaca.

La madre era una india cobriza, enorme, de una obesidad blanducha é hinchada, que parecía desprenderse de los huesos, con recios telones de arrugas. Los ojos vivos y audaces, ojos de devoradora, parecían revelar el esplendor de un pasado carnal casi cercano á la hermosura. La hija aparecía rubia, escandalosamente rubia, y con ojos azules. El andamiaje óseo de su cara era indio puro: anchos pómulos, fuerte mandíbula, profundas y estrechas órbitas oculares; pero la envoltura era europea, sin la más leve sombra de sangre cobriza.

Mis ojos iban con asombro de la madre indígena, coronada de pelos negros y duros como cerdas, al padre, que parecía más joven, con la resistente frescura que opone el indio á los años, sin una cana en las obscuras guedejas, sin una arruga en sus mejillas tirantes y amarillentas. ¿De dónde habrían sacado á aquella rubia? . . . Y el padre, como si adivinase la pregunta, fijaba en mí sus ojillos oblicuos, impasibles, sin expresión, ojos de filósofo indiferente á las pompas y vanidades de la vida, mientras se golpeaba con el rebenque las botas, sucias de barro.

La hija, orgullosa de sus pelos rubios y de la blancura del rostro, todavía extremada por una gruesa capa de polvos de almidón, nos acogía con un gesto protector é impúdico. Echando atrás las manos, arqueaba al hablar el fuerte pecho, sacaba el vientre y sonreía petulante y desdenosa, como sonríe la hembra de raza inferior cuando la escasez y la soledad la hacen ser admirada por el blanco. ¡Ah, la bebedora de sangre, con su traje moderno comprado en una casa de confección, su peinado rubio de *pierrrot*, y su ancha cara enharinada! . . .

Al retirarnos hacia el pueblo, hablé con uno de mis acompañantes, hombre sesudo y prudente en sus juicios. . . ¿Quién sería el padre de aquella criatura?

— ¡Vaya usted á saberlo! . . . La madre ha tenido muchas historias, como todas las indias de aspecto medio regular. . . Tal vez algún «gringo»; algún inglés ó alemán. ¿No ve, mi amigo, su pelo y sus ojos azules? . . .

No: el color de la moza no era el blancuzco, de oro pálido, de los pueblos del Norte. Su cabellera encendida de mazorca y el azul de sus ojos, recordaba mejor el tipo rubio de la raza vasca.

— No digo lo contrario — repuso mi acompañante —. Entonces el padre tal vez sea alguno de los españoles que le han recibido á usted en la estación. . . Casi lo juraría. Sus compatriotas tienen buen diente.

IV

CLIMA, FAUNA Y FLORA

Exceptuando dos fajas de tierra, una tropical y otra subtropical, que la Argentina tiene al Norte, todo el país pertenece á la zona templada austral.

La República del Plata se extiende de Norte á Sur, ocupando 33 grados de latitud, desde el 22 al 55. Lo enorme de esta extensión basta para indicar cuán grandes han de ser en el territorio las diferencias climatéricas, sobre todo si se comparan los puntos extremos.

Sin embargo, la situación geográfica del país ejerce más influencia en el clima que sus diferencias de latitud. El Océano, que se extiende al Este, y los Andes, que se elevan al Oeste, se dejan sentir notablemente en la temperatura, así como las diversas altitudes del suelo.

Teniendo en cuenta el reparto de las lluvias sobre las diversas secciones del territorio argentino, éste puede dividirse con arreglo á

las condiciones climatéricas en tres grandes regiones: la del litoral, la del interior y la andina.

La región del litoral comprende las provincias de Buenos Aires, Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes. La temperatura media anual puede fijarse en estas provincias en 19 grados. En Buenos Aires es de 17, y se calcula que el termómetro va elevándose medio grado por cada grado de latitud que se avanza en dirección de Sud á Norte. La temperatura media del verano (meses de Diciembre, Enero y Febrero), es de 25 grados; la del otoño (Marzo, Abril y Mayo), de 18; la del invierno (Junio, Julio y Agosto), de 12; y la de primavera (Septiembre, Octubre y Noviembre), de 17. En el mes más cálido (Enero), el termómetro marca, como temperatura media, 26 grados, y en el más frío (Julio) unos 11. Los grados 42 y 5 marcan los dos límites extremos de la temperatura de la región del litoral. Rara vez llega la máxima á 42 grados, pues lo corriente en verano es que se mantenga en 35 de una á tres de la tarde, que son las horas de más calor.

Igualmente es muy raro que en invierno descienda la temperatura á más de 5 grados. Contadísimas veces llega el termómetro á bajo cero, y esto dura muy poco. La nieve es casi un fenómeno extraordinario en las provincias del litoral. Transcurren á veces diez ó quince años sin que sus habitantes sepan lo que es una pequeña nevada.

Como se ve, la diferencia resulta mínima entre los grados extremos de un año. Otra particularidad de este clima del litoral, que participa del clima marítimo, es el cambio rápido de la temperatura dentro de un mismo día. A veces, en el curso de veinticuatro horas, se observan diferencias de cerca de 20 grados. El otoño es la estación más uniforme, y en primavera ocurren las variaciones extremas.

Como el litoral es casi llano por completo, los vientos soplan con mucha regularidad. Las calmas son raras, y los vientos fuertes, así como las tempestades abundan durante todo el año. Entre estos vientos, los más frecuentes son los del Norte y Sur, especialmente los primeros. En Buenos Aires se observa durante el verano la sucesión regular de las brisas de mar y de tierra, la primera soplando durante el día y la segunda al llegar la noche.

Los vientos del Norte son siempre calientes, y hasta sofocantes. Su influencia sobre el



GAUCHOS PREPARÁNDOSE PARA UN RODEO DE RESES